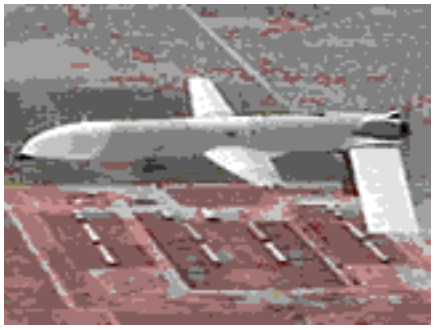
El laberinto desde arriba

Por Jorge Luis Marzo

La mirada se sitúa más allá del cuerpo, más allá de los ojos. La mirada se transporta al mundo mismo. El objeto en movimiento crea una reacción en nuestra mirada, poniéndola también en movimiento. La cultura cibernética nos facilita las herramientas para que, como sujetos, seamos capaces de captar al instante ese universo desmedidamente movil. Nuestra mirada se hace ilustrada por antonomasia. El afán descriptivo, identificador de la Ilustración cobra en la mirada actual proporcionada por la tecnología aquella dimensión que Jeremy Bentham definiera como Panopticon, al referirse a nuevos modelos de cárcel y hospitales: el ojo que todo lo ve pero que nunca es visto. Pero es un ojo que ya no ve sino que observa. Ese ojo ya no está sometido a las leyes de la presencia física y de la interpretación circunstancial por parte del sujeto. De la visión se pasa a la observación, meticulosa, calculadora, y paradójicamente, sedentaria, pasiva. Porque nuestra mirada existe en la medida que reproducimos visualmente aquello que queremos, no porque veamos. "Predator", un avión inteligente ideado por los militares americanos, es guiado por control remoto. Un técnico sentado frente a una consola informática guía el aparato, observa lo que las cámaras de video del avión van retransmitiendo via satélite mientras controla los ángulos de visión, rumbo, y dentro de unos años también los misiles que podrá lanzar. Nuestra mirada se sitúa instantáneamente allí donde queremos, por eso hemos pasado a la era de la observación, porque se observa lo que se quiere medir, calcular, enjuiciar. No se "vé" al enemigo, se le observa.



Sentados sedentariamente frente a las pantallas de los ordenadores, mientras navegamos por la red, no vemos nada, sino observamos aquello que encontramos o buscamos; los buscadores "ven" por nosotros, son capaces de lanzarse a la velocidad del vértigo a fin de que nosotros estemos allí dónde lo deseamos. La mirada vertiginosa lleva pareja el sedentarismo, la obligación de permanecer junto al módulo de observación, porque la mirada sólo se reproduce allí, en ningún otro sitio. La mirada tecnológica es ubícua, ágil, pero se manifiesta en un espacio diminuto frente a nuestros ojos. Un espacio que se define por su observación. Observación y espacio han establecido una relación simbiótica, porque se observa un espacio, mientras que lo que se vé siempre es un sitio, un lugar.

El deseo impulsado por la tecnología se define por su ubicación, por nuestra capacidad para encontrar el objeto deseado y ser capaces de decidir el momento de nuestra embestida. El misterio desaparece y surge el secreto, pues nuestras decisiones existen en función de la observación y no de la visión. Y la observación juega con coordenadas de espacio y tiempo, con aspectos como la oportunidad y la serenidad, que sólo cada uno de nosotros es capaz de justificar. Nuestra mirada se ha vuelto serena, paradójicamente, en un mundo que ha dejado de ser sereno, que nos ha obligado a investigar desconocidas formas de mirar si queremos ser capaces de atinar frente a las cosas. Una serenidad basada en la observación, una especie de templanza que nos hace ver el mundo sin verlo. Un mundo que observamos con ojos de ventrílocuo, depositando nuestra visión en maravillosos muñecos

tecnobarrocos. Como el alien de la película *Depredador*, *Predator* en inglés; metáfora pristina de nuestra presencia ante el laberinto, escudriñado hasta el infinito por nuestros aparatos secretos de observación.